

Cuarto domingo del TO B2021

Cuando era estudiante en Bélgica, fui regularmente a comer con amigos de la familia a un antiguo restaurante fundado alrededor de 1800, que estaba en las afueras de la ciudad de Bruselas. Lo que me impresionó fue el hecho de que este establecimiento había continuado durante años sin interrupción. A pesar de que el personal había cambiado y el edificio había sufrido algunas modificaciones, el espíritu del fundador se mantuvo vivo.

Así funcionan las instituciones humanas, tan antiguas como los Estados, desde hace años en fidelidad al espíritu de los padres fundadores. Lo que es cierto para las instituciones humanas también lo es para la Iglesia. Cuando Dios eligió a Moisés para sacar a su pueblo de la esclavitud, lo convirtió en un profeta poderoso y un portavoz destacado de su alianza con Israel. Como ser humano, Moisés sabía que no era inmortal y que algún día moriría. Pero la obra por la que fue instituido como líder continuaría, para la gloria del nombre de Dios y el bien de su pueblo.

Es en este sentido de su misión que debería continuar después de él que Moisés habla ante el pueblo en la primera lectura. Les recuerda la promesa que Dios le hizo de levantar a otro profeta como él en medio de ellos y que le diría a Israel lo que Dios manda.

Porque lo que dice el profeta viene de Dios, la gente tiene que obedecerlo y aceptarlo. Los que no escuchen serán responsables ante Dios. Además, dado que tal misión proviene solo de Dios, nadie tiene derecho a atribuirse tal honor. Por lo tanto, cualquier profeta que presuma hablar en el nombre de Dios de lo que no le ordenó, o que trate de hablar en nombre de otro dios, también será condenado.

Esta es una advertencia a nosotros que tenemos una misión particular en la Iglesia como sacerdotes, catequistas o maestros. Debemos tener cuidado de no predicar nuestras opiniones personales sobre las verdades cristianas, sino la palabra de Jesús que se nos da en la Biblia y en la enseñanza de la Iglesia. Es mejor que llevemos a la gente la palabra de Jesús y no nuestras propias palabras.

Cuando Moisés estaba hablando al pueblo, ciertamente había un corto y un largo plazo de la promesa de Dios a él. El corto plazo fue sobre su sucesor directo. A largo plazo, se trataba de lo que Dios quería hacer por todo el mundo. Mientras muchos profetas aparecieron en Israel a lo largo de los años, uno tras otro, el pueblo continuó esperando que un día Dios enviaría un profeta final que conduciría al pueblo a toda la verdad y lo reconciliaría con Dios y entre sí. Es en este contexto que la idea del Mesías creció en Israel hasta que Jesús cumplió esta promesa.

Como escuchamos en el Evangelio, cuando Jesús vino a la sinagoga de Cafarnaúm el sábado, ciertamente estaba investido con el poder y la autoridad de Moisés, según la promesa de Dios. Hablaba con tal autoridad que no era como los que le precedieron.

Una pregunta que surge aquí es la siguiente: ¿Por qué Jesús tuvo tanto impacto en sus oyentes? Porque habló desde su del corazón, como solemos decir. No hay autoridad como la de quien ha experimentado y vivido lo que está hablando. No trata de complacer a la gente, sino de decir la verdad que puede liberarla. De hecho, en el

discurso de Jesús había tanta frescura y transparencia en lo que dijo que ninguno de los rabinos que vinieron antes que él pudo igualarlo.

Es importante distinguir autoridad e influencia. La autoridad implica sinceridad, integridad y verdad. Cuando faltan esos ingredientes, alguien puede ser influyente, pero no puede convencer. Incluso si a veces la gente lo sigue, al final tienen razón al desconfiar de sus motivos y sospechar de sus intenciones.

Jesús pudo enseñar con convicción porque sabía que su autoridad provenía del Padre que estaba presente en él y actuaba a través de él. No tenía nada que temer porque tenía la verdad y esto estaba claro para todos los que lo escuchaban.

¿Surge otra pregunta? ¿Por qué Dios el Padre le dio a Jesús tal autoridad? La razón por la que Dios invistió a Jesús con poder y autoridad fue que él sana las heridas de los pecados y restaura la salud completa a los enfermos. De hecho, donde la palabra de Dios irrumpe en la historia humana, anunciando la venida del reino de la justicia, el amor y la paz, todo cambia para mejor y el reino del mal está en problemas.

Esto explica por qué Jesús sana y echa fuera a los demonios. Jesús y el diablo, de hecho, son como dos enemigos que se encuentran en la junta social. Como se odian, tratan de ignorarse hasta que, al final, ocurre el enfrentamiento. Pero, como suele ser el caso, los poderosos acaban ganando en discusiones o en peleas. En el caso presente, Jesús, al echar fuera al demonio, declaró la victoria sobre él.

El Evangelio muestra que cuando el poseso estaba en la sinagoga antes de que entrara Jesús, estaba tranquilo y parecía normal como cualquier otra persona. Una vez que Jesús entró y comenzó a hablar, se reveló a sí mismo y se enfrentó a Jesús. Este episodio nos enseña que cada vez que se proclama la palabra de Dios en la asamblea, es como un poderoso ataque al diablo. Este episodio muestra también que la palabra de Dios es capaz de revelar los secretos en el corazón de las personas.

Si ese así, significa que cada vez que aceptamos escuchar la palabra de Jesús con un corazón abierto, nos desafía en nuestras situaciones de la vida. Pero, cuando aceptamos dejarnos guiar por esta palabra, se convierte en una lámpara que ilumina nuestros actos e ilumina el camino de nuestra vida. Jesús nos invita a acoger con sinceridad y humildad su palabra en nuestro corazón. Jesús nos invita a la conversión del corazón ya la reconciliación con él cada vez que su palabra nos convence.

Pidamos al Señor que nos dé la gracia de escuchar su palabra con el corazón abierto, actuar en consecuencia y llegar a vivir nuestra vida para la gloria de su nombre. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Deuteronomio 18: 15-20; 1 Corintios 7: 32-35; Marcos 1: 15-28



Fecha de la Homilía: el 31 de Enero, 2021
© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20210131homilia.pdf